

Botchan





Botchan



Natsume Soseki

Traducción del japonés a cargo de
José Pazó Espinosa

Con una introducción de
Andrés Ibáñez



IMPEDIMENTA



Título original: 坊っちゃん

Copyright de la traducción © José Pazó Espinosa, 2008
Copyright del prólogo © Andrés Ibáñez, 2008
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2008
Monte Esquinza, 24. 28010 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel
Corrección de pruebas: Angélica López

ISBN: 978-84-935927-7-6
Depósito Legal: P-49-08

La edición de este libro ha contado con una Ayuda a la Traducción
concedida por la Japan Foundation.



Impresión: Gráficas Zamart
Bélgica, 24. 34004 Palencia

Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos. El editor no permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

INTRODUCCIÓN



DESDICHAS DE UN NIÑO MIMADO

por *Andrés Ibáñez*

La cultura china se presenta siempre como el ondear del agua, mientras que la cultura japonesa se identifica más con la sequedad de la arena. Lo sinuoso, lo brillante, lo melodioso, lo identificamos con lo chino, mientras que lo japonés es limpio, austero, cuadrado, silencioso. Los jardines chinos tienen agua y carpas ondeantes; los japoneses, arena blanca y piedras espirituales. Algo similar sucede en ambas lenguas: en el chino no existe la «erre» y todo son acuáticas «eles», mientras que en japonés no existe la «ele» y todo son «erres» arenosas.

Natsume Soseki (1867-1916) es el gran clásico moderno de la literatura japonesa. Representa la crema de la renovación cultural de la era Meiji, un período en el que Japón se abrió a la influencia occidental y en que la literatura nipona, sumida en la rutina y la repetición de mode-

los tradicionales y gastados, cobró nueva vida e inició el período creativo moderno que llega hasta hoy en día.

La época Meiji (1868-1912) representa un período de intensa transformación cultural y social. Los especialistas consideran que la historia de Japón sólo conoció un movimiento de cambios de similar importancia: el que tuvo lugar en los siglos VI y VII, cuando el país se transformó de acuerdo con el modelo chino. Los habitantes de las cuatro mil islas tomaron entonces de su gigantesco vecino milenario la escritura, la religión y las formas de cultivar la tierra. En esta segunda gran renovación del siglo XIX entraron en Japón la técnica y la ciencia modernas, pero también la novela psicológica realista.

La actitud de Soseki hacia occidente y hacia lo occidental está llena de sorprendentes y fascinantes matices. Soseki estudia inglés y literatura inglesa en la Universidad Imperial de Tokio, donde muestra gran interés por autores como Herbert Spencer y John Stuart Mill y escribe un opúsculo sobre Walt Whitman que constituye la presentación de este autor en Japón («Sobre la poesía de Walt Whitman, un autor representante del igualitarismo») y en 1900 viaja a Inglaterra, donde vivirá tres años becado por el gobierno para ampliar sus estudios de literatura inglesa. A pesar de todo, su actitud hacia Inglaterra y hacia occidente en general aparece siempre marcada por la desconfianza y el rechazo. A pesar de que su estilo novelístico es obviamente de raíz occidental, en *Bungakuron* (*Teoría literaria*, 1907) afirma que fue de los clásicos chinos de los que aprendió «aunque de forma algo vaga y oscura», lo que era la literatura, y que

al terminar la universidad le embargaba la sensación de haber sido, de alguna manera, «engañado» por la literatura inglesa.

Soseki no es feliz durante su estancia en Inglaterra. Los choques culturales son continuos: en cierta ocasión, invita a alguien a contemplar cómo cae la nieve (sin duda una costumbre elegante y delicada en Japón) y sólo logra que se rían de él. Curiosamente, lo que Soseki aprende en Inglaterra es que debe distanciarse de los modelos occidentales y seguir sólo su propio criterio. Occidente le enseña a ser un individualista y a no seguir las reglas: que es, sin duda, la lección más importante que se le puede enseñar a nadie.

Regresa a Japón en 1903, donde sustituye a Lafcadio Hearn como profesor de crítica literaria en la Universidad de Tokio y dos años más tarde aparece su primera novela, *Yo, el gato*. En 1906 publica otros dos libros, *Botchan* y *Kusamakura (La almohada de hierba)*. Así se cierra el que suele ser considerado su primer período.

Los tres libros son muy diferentes entre sí. *Kusamakura* es, según explica Carlos Rubio en su magnífico prólogo a su edición de *Kokoro*, «más un poema en prosa que una obra de ficción», y en ella revela Soseki sus opiniones sobre la vida y la literatura. En cuanto a *Yo, el gato*, de la que existe una traducción al español, se trata de una novela muy extensa cuyo protagonista es un gato que realiza una sátira de la civilización de los seres humanos y, más concretamente, de los cambios sociales que estaban teniendo lugar bajo el gobierno del emperador Meiji. Porque Soseki parece convencido de que la adopción de las nuevas

costumbres occidentales no va a hacer que los japoneses sean más felices. *Yo, el gato* es una novela muy divertida, muy verbosa, llena de detalles y de minuciosas descripciones. *Botchan*, por comparación, es casi telegráfica, no sólo mucho más breve, sino escrita en un estilo mucho más compacto.

En uno de los episodios de *Yo, el gato*, encontramos una discusión literaria donde uno de los personajes afirma: «El mundo poético ha cambiado mucho en estos diez años. Hoy se lee la poesía moderna recostándose cómodamente o mientras se espera al tranvía en las estaciones». Recordemos que Soseki fue también un importante poeta, y que durante toda su vida cultivó el *haiku* y la poesía china. Se trata, de nuevo, de la dolorosa ambivalencia que sintió siempre hacia lo moderno y lo occidental. Pensemos que el personaje que habla en defensa de la poesía «moderna», la que se lee esperando al tranvía, se declara participante de un grupo literario al que pertenece el propio Soseki: «A nosotros no nos preocupan las críticas», afirma. «El otro día, un amigo mío llamado Sooseki publicó un trabajo breve titulado *Una noche*. Cualquiera que lee esa obra, se queda sin entender la mitad. Pues yo me vi con él y le pregunté expresamente el sentido de algunos pasajes. Me respondió que él no quería saber nada. Y me quedé tan a oscuras como antes.»

De este modo, mirándose a sí mismo a través de los ojos de un gato, Soseki se critica a sí mismo y se ríe de su propia poética modernista.

He leído otra obra de Soseki, la célebre *Kokoro*, magníficamente traducida y editada por Carlos Rubio. Se trata

de una obra de la última época del autor, también muy diferente en tono, en ritmo y en estilo del *Botchan* en el que mi lector se dispone a sumergirse. *Kokoro* es una obra excepcionalmente limpia y elegante, escrita en esa prosa transparente y pensativa que parece ser el ideal del estilo clásico y que solemos relacionar siempre con el estro poético de Japón. La novela expresa las contradicciones del individualismo, que son las propias contradicciones culturales y personales de Soseki: «La gente de hoy», afirma el protagonista, «nacida bajo el signo de la libertad, la independencia y la autoestima, debe, en justa compensación, saborear siempre la soledad.» Hemos de tener en cuenta que por mucho que el emperador se hubiera empeñado en abrir el país a occidente y a las nuevas ideas, la mentalidad japonesa oficial seguía defendiendo por encima de todo la obediencia a la autoridad y la supresión de las tendencias individuales en aras del bien común de la patria. Es la mentalidad que daría origen al militarismo férreo que conduciría a la Segunda Guerra Mundial. El individualismo de Soseki era visto, en este contexto, como una actitud sospechosa, o quizá peligrosa. En 1914, Soseki pronuncia una conferencia titulada «Mi individualismo» donde afirma que cada persona tiene derecho a seguir sus propias inclinaciones siempre que cumpla con sus deberes de ciudadano. El *sensei* (término respetuoso para dirigirse a una persona mayor) de *Kokoro* es un hombre cultivado que vive de espaldas a la sociedad. Su «modernidad» es indudable. También su desesperanzada soledad.

Botchan, que hoy presentamos en una nueva traducción, es una obra muy diferente. Se trata de una de las

obras más conocidas del autor y es, al parecer, un favorito entre los lectores más jóvenes. *Botchan* es, ante todo, una novela cómica.

Alguien que sabía mucho de humor, el escritor inglés Woodehouse, decía que de todas las características de la literatura, el humor es el que peor se traduce y el que peor pasa de una época a otra, y que por eso un autor ha de procurar que sus efectos humorísticos funcionen de algún modo incluso si el humor se pierde. Ni el propio Shakespeare, afirma Woodehouse, supo ver esto con claridad. Soseki, desde luego, sí supo verlo. *Yo, el gato* nos pone una sonrisa en los labios, pero *Botchan* nos hace reír a carcajadas. No cabe duda de que algunos, o quizá muchos, de los efectos cómicos del libro los perderemos por desconocimiento cultural, pero a pesar de todo el libro resulta absolutamente hilarante.

Botchan está escrito en un estilo inusualmente compacto. Es como uno de esos *maki* japoneses donde se comprime una loncha de atún crudo, un poco de *wasabi*, un trozo de tortilla y un pequeño ladrillo de arroz, todo ello envuelto en una rigurosa funda de alga negra y espolvoreado de doradas huevas de pez volador. Los párrafos iniciales de la novelita están tan llenos de información que apenas tienen aire. Las páginas parecen como empaçadas en un espeso y especiado líquido de palabras. Frente a la verbosidad de *Yo, el gato*, Soseki parece estar aquí investigando en un estilo de la máxima densidad.

El inicio de la novela no es por ello menos desternillante. «*Botchan*» significa en japonés algo así como «niño mimado», y es el «niño mimado» del título el que nos

cuenta su vida en primera persona. Su defecto principal está en su carácter impulsivo, totalmente irreflexivo. Ya lo comprobamos en la primera página: un compañero de clase se burla de su cortaplumas y el protagonista, sin pensarlo dos veces, se pone a cortarse su propio dedo para demostrar lo afilada que está la hoja. Afortunadamente, no logra cortar el hueso.

Este es el gran hallazgo de Soseki en la novelita que nos ocupa: la voz en primera persona de Botchan. Obsesivo, acomplejado, ácido, descreído, irreflexivo, vengativo, irremisiblemente ingenuo, este Botchan es casi tan fascinante como el Holden Caulfield de *El guardián entre el centeno*. No es un adolescente, sino un joven profesor, pero resulta tan torpe en su relación con el mundo y parece comprender tan mal el mundo de los adultos que, al igual que Holden, aparece suspendido en un limbo equidistante entre la infancia y la edad adulta. Y todos se ríen de él: tanto los alumnos, que le ven como un adulto, como los profesores, que le ven como un jovencito insolente.

¡Qué importantes son estas voces en primera persona! Frente al narrador en tercera persona, que suele ser impersonal o sabio, la primera persona puede permitirse ese ejercicio tan liberador que consiste en ser estúpido o mediocre, malvado o tendencioso. En eso consiste la «modernidad» del primer «yo» de Soseki, que es el amuloso «yo» de un gato, y también la modernidad de este segundo «yo», que es el de un niño mimado, el de un «señorito» malcriado. En estos yoes mediocres, desagradables o parciales, como en el de *Pan* de Knut Hansum, por ejemplo, se inicia la literatura moderna, o una forma

de entender la literatura moderna: como fragmentación, como alienación, como deformidad.

Botchan no se entera de nada, se ríe de todo, está en guerra con todo. Todo le molesta y le ofende, pero al mismo tiempo cualquiera, niño o grande, puede embaucarle. Es como un niño que no comprende el valor real de las cosas ni puede valorar las implicaciones de lo que dice ni de lo que le dicen. Uno de los rasgos desternillantes del personaje es su absoluta falta de astucia. Lo hace todo sin pensar, juzga sin pensar, habla sin pensar, actúa sin pensar. Y luego sufre las consecuencias.

Por todas estas razones, el tono del libro puede resultar chocante. No estamos acostumbrados a encontrar una voz así en un relato escrito por un japonés. Soseki escribe casi con ferocidad, afilando sus palabras como garras. ¡Siglos, milenios de elegancia, de contención y de buenas maneras para llegar a esto! Escribe con furia, con desdén, sin pudor, sin poesía.

Obligado a vivir en un entorno tradicional (una pequeña ciudad de provincia donde es enviado como profesor de instituto), Botchan se ríe amargamente de todas las tradiciones japonesas. Se ríe de los habitantes, de la ciudad, que le parecen una pandilla de paletos. Se ríe de los arreglos de *ikebana* que hacen en el pueblo. Se ríe de las diversiones tradicionales, de la escritura de *haikus*, de los entretenimientos espirituales y elevados, siempre defendidos por los personajes más hipócritas y sinvergüenzas, como ese Camisarroja que no permite a nadie ni que entre en un restaurante a comer *tempura* aduciendo que hay que dar ejemplo (¿qué tiene de malo

comer *tempura*?) y luego se pasa las noches en casa de una geisha.

Cuando el día de su llegada el director del colegio le explica cuál es el exaltado objetivo de su misión pedagógica, Botchan le responde al instante que él no es la persona indicada y que renuncia. El director suelta una carcajada y dice que eso es el «ideal», es decir, la versión oficial, pero que en realidad todos hacen lo que pueden. Así se ríe Soseki de la retórica oficial y de esa obsesión japonesa por el trabajador perfecto, el empleado ideal, el alumno immaculado.

En el microcosmos de la escuela donde trabaja Botchan, todas las relaciones de poder están viciadas, y toda la ligazón social aparece corrompida. Todo el mundo miente, todos son hipócritas, todos se venden unos a otros. Los alumnos mienten, los profesores mienten, ¡hasta los propios periódicos mienten! Un profesor, por ejemplo, le indica a Botchan que se aloje en una cierta pensión. Pero el dueño de la pensión lo único que quiere es venderle las antigüedades con las que comercia. Cuando descubre que Botchan nunca le va a comprar nada por mucho que le insinúe que él, Botchan, tiene «un alma refinada», le echa de allí sin contemplaciones.

Hay dos grupos de personajes: uno, el personaje colectivo de los alumnos, que son una masa indistinta de brutos indeseables y miserables. El otro, el corpus de profesores del instituto, a los que Botchan al instante pone motes, y a los que durante el resto de la novela sólo se referirá ya por el mote: Camisarroja, el Puercoespín, el Calabaza. Al principio, todos le parecen un montón de

mamarrachos que sólo pretenden abusar de él. Luego, poco a poco, comienza a comprender cuáles son sus verdaderos enemigos y cuáles sus amigos.

Este es un mundo compuesto por malas personas que se dedican a amargarse la vida unos a otros. Al pobre Calabaza le obligan a renunciar a su puesto y le envían de profesor a un destino lejano. Durante su fiesta de despedida, los otros profesores se dedican a gritar, a cantar y a realizar todo tipo de extravagancias sin hacer el menor caso del pobre Calabaza, que aguanta allí sin marcharse porque cree que es su deber, dado que la fiesta, al menos en teoría, es en su honor.

Nos resulta fácil reírnos a carcajadas de las desdichas de Botchan sobre todo porque no es un personaje simpático, aunque su ingenuidad y su infelicidad acaban por hacerle entrañable. Los alumnos le espían continuamente y luego se ríen de él, escribiendo en el encerado lo último que ha hecho ese día. Botchan se desespera. Se va a unos baños, y como está solo, se pone a nadar en la piscina. Al día siguiente, regresa a los baños y ve que han puesto un cartel de «prohibido nadar en los baños». De modo que alguien le ha visto, ha dado el aviso y los dueños de los baños han decidido poner el cartel. Pero su sorpresa es mayúscula cuando al llegar a clase se encuentra escrito en el encerado: «prohibido nadar en los baños» Pero ¿cómo han podido enterarse de eso los alumnos? Nada es privado en esta pequeña comunidad rural donde la vida de los demás es continua materia de escrutinio y escarnio. Es posible que los alumnos sean, como el propio Botchan repite una y otra vez, un pu-

ñado de «paletos», pero estos paletos pueden con él y le toman el pelo a gusto.

El colmo de sus desdichas tiene lugar cuando Botchan y otro profesor intervienen en una reyerta entre estudiantes de dos pueblos para poner orden y al día siguiente en el periódico local se les acusa públicamente de haber iniciado la pelea (a Botchan le llaman «cierto imberbe presuntuoso recientemente llegado de Tokio») y se exige, en los términos más insultantes y ofensivos, la expulsión inmediata de ambos profesores. Como en tantos otros episodios de la novela, la realidad parece de pronto iluminada por los colores de la pesadilla, y el mundo dominado por una (*in*)justicia irrisoria y ciega contra la que parece inútil rebelarse.

Uno se pregunta si las cosas sucederían realmente así en el Japón de hace cien años, pero la pregunta, seguramente, no es correcta. La pregunta debería ser si la vida humana es realmente así, tan ridícula, tan absurda, tan miserable, tan irrisoria. Porque eso es, precisamente, lo que logra Soseki en *Botchan*: a través del relato humorístico de las desventuras de un joven profesor en una escuela rural, traza un mapa del mundo. Y si nos hace reír tanto es, sin duda, porque también está hablando de nosotros.

ANDRÉS IBÁÑEZ

NOTA DEL TRADUCTOR

Aunque la condición natural del traductor (por mucho que se discuta desde presupuestos teóricos) es la invisibilidad fingida y forzada, el editor de este libro ha creído conveniente que diga algunas palabras sobre *Botchan* desde mi punto de vista. Y como comparto con él la opinión de que se trata de un libro cuanto menos peculiar para el lector occidental, he aceptado esta corporeidad breve y excepcional que espero sirva al lector para algo.

Si estuviera hablando de vinos, diría que *Botchan* es un libro áspero al paladar, con tonos alegres de cítricos y aromas finales de castañas y té verde. En otras palabras, su lectura produce a veces sensación de cierto descuido estilístico, aunque es divertida y tiene sabor local (japonés, naturalmente). Esto ha llevado a algunos críticos a lo largo de la historia a tratar el libro como una obra

menor de Natsume Soseki, una especie de farsa humorística, lógica continuación de su primera novela *Wagahai neko de aru*. Sin embargo, algo tendrá cuando se ha convertido en un *best seller* histórico de la novela japonesa, con especial éxito entre el público joven. Por esta razón, se la ha comparado en ocasiones con *The catcher in the rye*, aunque esta comparación puede desconcertar a un lector demasiado aplicado. *Botchan* es *Botchan*, y sus claves descansan más en ella misma, en su autor y en su época que en reflejos en otras culturas.

Botchan apareció como novela en entregas en la revista *Hototoguisu* (*El Cuclillo*) en 1906. Natsume Soseki, acababa de publicar en esa misma revista y también por entregas *Wagahai neko de aru* (*Soy un gato*), relato en el que el protagonista es un gato que va cambiando de amos, obra de fino humor que fue un éxito inmediato. El hecho de que *Botchan* sea una novela por entregas determina su estructura, y el lector notará la regularidad de sus capítulos, así como su notable autonomía. Es de notar que en sus dos primeras novelas los protagonistas —el gato y *Botchan*— sean claramente antihéroes, perdedores que en sus peripecias ponen de manifiesto el mundo imperfecto que los rodea, que no pueden cambiar, y del que son en el fondo víctimas. Este esquema heredero de la novela picaresca española llega en parte a Soseki a través de la literatura inglesa. No en vano pasó dos infaustos años para él (1900-1902) en Londres estudiando inglés y literatura inglesa.

Quizá por ese contacto con Inglaterra y su literatura, algunos críticos han querido ver a Soseki como un autor

occidentalizado, frente a Kawabata o Tanizaki, por ejemplo. Nada más lejos de la realidad. Soseki fue un amante de la poesía japonesa de tradición china, y antes que novelista fue escritor de *haikus* (a pesar de lo que dice en *Botchan*). Fue un cultivador del Zen, y su lema de vida, «*Sokuten Kyoshi*» («Sigue a los cielos, abandona el yo») adquiere su sentido pleno en la tradición budista y confucianista japonesa. En un periodo en el que Japón comienza a abrirse y a emular (de forma inicialmente forzada, no hay que olvidarlo) los principios y las formas de vida occidentales, Soseki sigue este cambio pero a la vez ve en él una corrupción de las esencias personales. No nos estamos refiriendo a aspectos históricos o de costumbres; lo que resiente Soseki y refleja en todas sus obras es la pérdida de la autenticidad personal. La desaparición del *makoto kokoro* o corazón sincero. Lo que critica es una suerte de fingimiento intelectual que seguramente va aparejado a querer ser lo que en el fondo no se es. Éste es seguramente uno de los problemas medulares de la cultura japonesa desde la era Meiji hasta nuestros días. Ha fascinado y obsesionado a sus estudiosos y fascina, obsesiona y entretiene a los propios japoneses.

Pero tampoco debemos caer en la tentación de ver *Botchan* como una reacción histórica puramente coyuntural. *Botchan* no se rebela contra un mundo externo solo, sino también contra un mundo interno. Y esto es una tradición japonesa que viene de muy antiguo. Simplificando y siguiendo a gran parte de la exégesis botchiana, podemos definir a *Botchan* como alguien simple, inocente, en ocasiones estúpido, falto

de sofisticación, enemigo de la pretenciosidad, ajeno a la pedantería, sincero, y crítico con los rasgos externos de la inteligencia. En ocasiones se ha considerado que *Botchan* es un alter ego de Soseki, quizá seguramente porque el mismo Soseki pasó un año enseñando en el instituto de Masuyama, en Shikoku, la ciudad que no es nombrada a lo largo de la obra, pero en la que transcurre la historia. Parece, sin embargo, que la vida de Soseki en Matsuyama (donde conoció a su mujer) fue apacible y feliz, muy diferente a lo que refleja *Botchan*. Preguntado alguna vez por qué había aceptado un destino tan remoto (corrían rumores que lo había hecho por un desengaño amoroso), respondió que lo hizo por afán de renuncia. Por abandono del yo, podríamos interpretar. Y eso sí que es *botchiano*. Aunque esta rebelión contra el yo forma parte de la cultura japonesa desde antiguo.

En la tradición filosófica, religiosa y estética japonesa encontramos esta tendencia por doquier. El budismo zen, mediante los *koan*, la meditación sentada, la repetición de fórmulas, el humor, y en último extremo la violencia física (conviene recordar la escena final de *Botchan* con los golpes y los huevos propinados a Camisarroja y al Bufón) aspira a vaciar la mente, a abandonar el yo. Si prestamos atención a los principios estéticos japoneses (esa clase de duende y ángel que Lorca aplicó aquí con una curiosa similitud a métodos nipones), vemos que el *iki* o *sui* se define por ser el arte de vivir con elegancia pero con sobriedad y renuncia; por el abandono de la transcendencia; por ser cultura sin

solemnidad; por abrazar el momento y la impulsividad; por la exclusión de la trascendencia; por la aceptación de la duda y la imperfección; por la no separación de placer y dolor. El *iki* define la elegancia personal; es algo así como el dandismo japonés, con principios más codificados en la cerámica, el dibujo, la arquitectura y el arte en general. En este sentido, Botchan es un dandy japonés. Es alguien no elegante, pero de vida elegante, simplemente porque en todo momento intenta ser él. Si lo logra o no es otra cosa, pero no hay otro principio que regule su horizonte y ese es su valor y su ejemplo. Bajo esta luz, no es extraño que, a pesar de unas características que a nosotros occidentales nos lo convierten en una especie de *Forrest Gump*, para un joven japonés Botchan siga siendo un modelo personal de algo mejor, un igual incorruptible, un compañero siempre sincero que nunca lo traicionará. Un dandy de la vida moderna e industrial. Alguien que al final pierde y huye, pero sin alterar ni un ápice su integridad.

Las traducciones están hechas de palabras, pero también de silencios. A cada palabra, a cada expresión, le acompañan otras que podían haberse dicho y no se han dicho, y que a pesar de no existir aprovechan espacios en blanco para saltar y decirnos lo que podía haber sido y no fue. Son los fantasmas de la traducción, que asolan a los traductores y los convierten en seres rodeados de extrañas formas de vida. Son los reflejos de sus dudas, sus incertidumbres y sus inseguridades, y después de publicarse el libro los fantasmas siguen allí, esperando la noche o el momento para mostrarse. Después de este libro,

yo estoy lleno de ellos. A pesar de ello, he contado con la ayuda impagable, reconfortante y necesaria de Hidehito Higashitani y Julio Baquero Cruz. El primero, ejemplo de bilingüismo y biculturalidad, profesor, traductor del español y amante de la cultura y literatura españolas, me ha guiado por los coloquialismos, *tokionismos*, *botchanismos*, y demás sabores del texto original que, irremediablemente, se han perdido en su mayoría debido a mis limitaciones. El segundo, ha sido mi guía estilística y de inteligencia y sentido común a lo largo de un proceso que conoce bien. He seguido sus pasos como he podido, la mayor parte del tiempo con la lengua fuera. También quiero agradecer al editor, Enrique Redel, por su confianza (se podría llamar inconsciencia), sus sugerencias y su constante apoyo.

J. P. E.

Madrid, 10 de febrero de 2008

Botchan

I

Desde niño, he tenido una impulsividad innata que me viene de familia y que no ha hecho más que crearme problemas. Una vez, en la escuela primaria, salté desde la ventana de un primer piso y no pude andar durante una semana. Alguien se preguntará por qué hice semejante tontería. Pero la verdad es que no hubo ninguna razón especial. Simplemente estaba un día asomado a una de las ventanas del nuevo edificio de la escuela, cuando uno de mis compañeros de clase comenzó a meterse conmigo diciéndome que, por mucho que me hiciera el gallito, en realidad no era más que un cobarde y que no sería capaz de saltar. El bedel tuvo que llevarme esa misma noche a cuestras a mi casa. Cuando mi padre me vio, se enfadó muchísimo y me dijo que no podía comprender cómo alguien se podía quedar sin caminar simplemente por haber saltado desde la ventana de un

primer piso. Le respondí que la siguiente vez que saltara no me volvería a ocurrir.

Otro día estaba yo jugando con el reflejo que el sol producía en la hoja de una bonita navaja importada que uno de mis parientes me había regalado, cuando uno de mis amigos exclamó:

—Brillar, brillará mucho. Pero seguro que no corta nada.

—¿Que no? —le respondí yo—. Mi navaja puede cortar cualquier cosa.

—¿A que no puede cortar uno de tus dedos? —me desafió.

—¿Que no? —le repetí yo—. Mira. —Y entonces empujé la hoja en diagonal sobre mi pulgar derecho. Afortunadamente, la navaja era pequeña y mi hueso estaba sano y fuerte, por lo que todavía conservo el pulgar, aunque tendré una cicatriz mientras viva.

En la parte más oriental de nuestro jardín, a unos veinte pasos, se extendía una pendiente poco pronunciada en la que había un pequeño huerto con un castaño justo en el centro. Las castañas me volvían loco. Cuando llegaba la época en que comenzaban a estar maduras, en cuanto empezaba a amanecer yo salía corriendo por la puerta de atrás para coger algunas y llevármelas a la escuela, donde me las comía. El otro lado del jardín, por el Oeste, lindaba con la casa de un prestamista llamado Yamashiro, que tenía un hijo de trece años llamado Kantaro. Kantaro era un gallina, pero eso no le impedía saltar la valla de madera y bambú y entrar en nuestro jardín para robarnos las castañas. Una noche me escondí

en la penumbra, junto a la puerta, y conseguí pillarlo. Al ver que no tenía escapatoria, se abalanzó sobre mí con todas sus fuerzas. Kantaro tenía dos años más que yo y, aunque era un gallina, lo cierto era que era muy fuerte. Intentó darme un golpe con su enorme cabeza, plana como el fondo de una cacerola, y a fuerza de cabezazos lo único que consiguió fue incrustarla en la manga de mi kimono. Yo no podía usar el brazo para sacarla de allí, así que empecé a moverlo arriba y abajo, mientras Kantaro continuaba dando cabezazos sin poder ver nada. Al final, cuando notó que se iba a asfixiar, me dio un mordisco en el bíceps. Cegado por el dolor, lo empujé contra la valla, lo levanté y lo arrojé al otro lado. La parcela del prestamista Yamashiro estaba casi dos metros más abajo que la nuestra. En su caída, Kantaro rompió un tramo de la valla y se golpeó la cabeza contra el suelo mientras lanzaba un gemido. También me arrancó la manga del kimono, con lo que por fin pude liberar el brazo. Esa noche mi madre tuvo que ir a casa de los Yamashiro a disculparse y, ya que estaba allí, aprovechó para recuperar la manga.

Pero eso no fue todo; recuerdo también cuando junto con Kaneko, el hijo del carpintero, y Kaku, el hijo del pescadero, destrocé el huerto de zanahorias de Mosaku. Mosaku había dejado paja amontonada en la parte del huerto en la que había plantado las zanahorias, para protegerlas del frío. Y a nosotros nos dio por organizar un torneo de sumo encima de la paja. Nos pasamos la mitad del día peleando y, cuando terminamos, resultó que las zanahorias se habían echado a perder.

También recuerdo aquella vez que atasqué la tubería de riego del arrozal de los Furukawa, una proeza que me valió un buen castigo. Los Furukawa habían instalado en el huerto un grueso caño de bambú del que salía el agua necesaria para regar el arroz. Yo no sabía para qué servía el caño, así que un día lo atasqué con piedras y hojas hasta que dejó de salir agua. Aquella noche, mientras estábamos cenando, se presentó el señor Furukawa en persona, hecho una furia. Entró gritando, con la cara inyectada en sangre. Recuerdo que mis padres tuvieron que darle dinero para que me perdonara.

Mi padre no me quería. Y mi madre siempre prefirió a mi hermano mayor. Mi hermano era un muchacho muy pálido, y le gustaba actuar en obras de teatro, especialmente haciendo papeles femeninos de *kabuki*.¹ Mi padre solía repetirme que nunca llegaría a nada. Mi madre, por su parte, parecía muy preocupada por mi futuro. La verdad es que siempre he sido un caso perdido. Pero cuando pienso en cómo me han ido las cosas después, no resulta extraño que se preocuparan tanto. Quizá lo mejor que se pueda decir de mí por el momento es que no he estado en la cárcel.

Cuando mi madre cayó enferma, dos o tres días antes de morir, me golpeé con el horno mientras daba unas volteretas en la cocina y me abrasé el costado. Fue muy

1. El *kabuki* es una forma de teatro tradicional en el que, como en el teatro *Noh*, los papeles femeninos son representados por hombres. (*Todas las notas son del traductor.*)

doloroso. Mi madre se enfadó muchísimo, y me dijo que no quería volver a verme, así que tuve que marcharme unos días a casa de un pariente. Poco después nos llegó la noticia de que mi madre había muerto. La verdad es que nunca pensé que se iba a morir tan deprisa. Si hubiera sabido que estaba tan enferma seguramente me habría portado mejor. Cuando regresé a casa, mi hermano mayor me dijo que era la desgracia de la familia, y que si mi madre se había muerto de un modo tan fulminante, había sido por mi culpa. Aquello me sentó tan mal que le propiné una bofetada, algo que lo único que hizo fue empeorar las cosas.

Tras la muerte de mi madre, volví a casa con mi padre y mi hermano. Mi padre era un vago, pero eso no le impedía repetirme como un disco rayado cada vez que me veía que yo era un desastre de hombre. No sé a qué se refería. A mí, mi padre siempre me pareció un tipo extraño. Mi hermano aspiraba a ser un hombre de negocios y se pasaba el tiempo estudiando inglés. Pero era afeminado y retorcido, y nunca acabamos de llevarnos bien. Cada diez días más o menos teníamos una pelea. Un día, jugando al *shogui*,² me comió una pieza haciendo trampas, y luego se dedicó a restregármelo para fastidiarme. Yo me enfadé tanto que cogí otra de las piezas y se la tiré a la cara. Le di entre los ojos, y le hice sangre.

2. El *shogui* (*shogi*) es un juego japonés similar al ajedrez, pero con la particularidad de que las fichas comidas al adversario pueden ser usadas por el jugador que las come.

Entonces él fue a chivarse a nuestro padre, que me dijo que me iba a desheredar.

Yo estaba convencido de que lo haría, pero entonces Kiyō,³ la mujer que nos había cuidado los últimos diez años, intercedió por mí y le suplicó bañada lágrimas que no me desheredara, y al final acabó persuadiéndolo. Pasado el tiempo, no recuerdo haber tenido nunca miedo de mi padre. Pero sí recuerdo que Kiyō me inspiraba mucha lástima. Según las historias que me habían contado, Kiyō pertenecía a una antigua y respetable familia que lo perdió todo al caer el antiguo régimen feudal.⁴ Como consecuencia de ello, se había visto obligada a trabajar como criada. No sé qué relación había entre nosotros dos, pero por alguna razón, ella me quería mucho. Era sorprendente. Mi propia madre se había cansado de mí tres días antes de morir... mi padre no paraba de encontrarme defectos... y todos nuestros vecinos pensaban que yo era un botarate y no querían ni verme... Kiyō, en cambio, solo veía cosas buenas en mí. Por mi parte, yo había acabado resignándome al hecho de que no despertaba ninguna simpatía en los demás, y por eso aceptaba que me trataran con la mayor indiferencia. Esto hacía que desconfiara de las personas que me trataban bien, y eso incluía a Kiyō.

3. El carácter (*kanji*) con el que se escribe Kiyō en japonés significa puro, limpio, inocente.
4. Se refiere a la caída del *shogunato*, el gobierno de los *shogunes* o generalísimos, con la llegada al poder en 1867 del emperador Meiji, quien abolió los antiguos privilegios feudales.

En ocasiones, cuando estábamos solos en la cocina, me decía:

—Tienes un carácter bueno y recto.

Pero yo no me lo creía. Si de verdad tenía un carácter bueno, otras personas lo habrían notado, y en consecuencia me habrían tratado un poco mejor. Siempre que me lo repetía, yo le respondía que no me gustaban los cumplidos.

—¿Ves como tienes muy buen carácter? —afirmaba entonces mirándome con ternura. Yo creo que de quien Kiyō estaba orgullosa no era de mí, sino de una versión de mí que ella misma se había creado en su cabeza. Todo aquello me hacía sentir bastante incómodo.

Cuando mi madre murió, el cariño que Kiyō me profesaba se redobló. En mi inocencia infantil, me resultaba extraño que fuera tan buena conmigo. Pensaba que por más que lo intentara no conseguiría cambiarme, que yo era un caso perdido. Sus esfuerzos me inspiraban lástima. Pero ella seguía mimándome, sin cansarse nunca. A veces, llegaba a gastarse su propio dinero comprándome dulces. Las noches más frías, cuando ya me había acostado, entraba en mi habitación con un humeante tazón de gachas hechas de harina de soba⁵ que había apartado en secreto, y lo dejaba junto a mi almohada. Otras veces me compraba una cazuela de tallarines de soba calientes. Y no solo me regalaba

5. La *soba* es una pasta japonesa de harina de trigo de alforfón, consumida habitualmente en forma de tallarines.

comida: también solía comprarme calcetines, lápices, cuadernos, en fin, todo tipo de chucherías. En otra ocasión, bastante después, me regaló tres yenes, aunque yo jamás le había pedido dinero. Un día se presentó en mi cuarto y me dijo que tenía que ser muy duro no poder disponer de dinero para mis propios gastos. Así que me entregó los tres yenes, y me dijo que podía comprarme lo que quisiera con ellos. Por supuesto, yo le respondí que no necesitaba dinero, pero ella insistió tanto que finalmente terminé aceptándolo. Aquello me hizo muy feliz. Metí los tres billetes de un yen en una bolsa, y la llevaba a todos sitios escondida en mi kimono. Pero en una ocasión, al ir al retrete, no pude evitar que la bolsa se me cayera por el agujero. Sin saber qué hacer, lo único que se me ocurrió fue irme corriendo a contárselo a Kiyō. Nada más oírlo se hizo con una vara de bambú y me dijo que lo recuperaría enseguida. Unos minutos después escuché cómo chapoteaba el agua del pozo. Cuando salí, allí estaba Kiyō, lavando la bolsa que colgaba de la punta de la vara de bambú. Al abrirla, vimos que los billetes estaban todos descoloridos, y se habían vuelto marrones. Kiyō los puso encima del brasero, y cuando ya estuvieron secos, me los devolvió. Cuando me preguntó si creía que habían quedado bien, yo me los acerqué a la nariz, y le respondí que todavía olían bastante mal. Entonces me dijo que no me preocupara, que ella me los cambiaría. Al rato, regresó con tres monedas de plata de un yen. No recuerdo qué fue lo que compré con esos tres yenes. Le prometí que se los devolvería tan pronto como pudiese, pero nunca llegué a

hacerlo. Me gustaría poder devolvérselos multiplicados por diez, pero ya es imposible.

Kiyo siempre trataba de darme esos regalos cuando mi padre y mi hermano no estaban delante. Y no hay nada que más odie, aun hoy en día, que recibir algo a espaldas de la gente. Es cierto que no me llevaba bien con mi hermano, pero eso no significa que me gustara recibir chucherías o lápices de colores sin que él se enterara. Alguna vez pregunté a Kiyo por qué era a mí a quien regalaba cosas y no a mi hermano. Sin mostrarse alterada, me respondió mi padre ya compraba cosas a mi hermano, y que por lo tanto no era necesario que ella le comprase nada. No me pareció justo. Es verdad que mi padre era un hombre terco y difícil, pero eso no implicaba que favoreciese a uno más que al otro. No hay duda de que Kiyo pensaba así porque estaba ofuscada por el amor. Aunque venía de una buena familia, no había recibido estudios, y no había forma de hacerla entrar en razón. Pero la devoción de Kiyo por mí iba incluso más lejos, y a veces hasta me daba miedo. Estaba totalmente segura de que yo acabaría convirtiéndome en un hombre importante con una carrera maravillosa. Mi hermano, sin embargo, no parecía tener para ella ninguna cualidad positiva, si exceptuamos su piel, tan clara. Estaba completamente segura de que las personas a las que ella quería acabarían triunfando, mientras que aquellas que no contaban con su aprecio, fracasarían. No había forma de sacarle esas ideas de la cabeza. En aquellos tiempos yo no tenía la menor idea de lo que quería hacer con mi vida. Pero como Kiyo no hacía más

que insistir en que si me lo proponía llegaría a ser alguien importante, me lo acabé creyendo. Qué ridículo me parece ahora todo aquello. Una vez le pregunté qué pensaba que sería de mayor, pero resultó que no tenía ni idea. De lo único de lo que no dudaba era de que recorrería el mundo sentado en mi propio *rickshaw*, y de que tendría una casa con una entrada magnífica.

Además, solía fantasear con la idea de que en cuanto tuviera una casa viviríamos juntos. Se pasaba el día preguntándome si la llevaría a vivir conmigo. Y como yo mismo me convencí de que algún día llegaría a tener mi propia casa, le dije que sí. Kiyō era una mujer dotada de una fértil imaginación, y no paraba de hacerme preguntas sobre el lugar donde me gustaría vivir, si en Kojimachi o en Azabu, o si me gustaría colocar un columpio en el jardín, o si me bastaría con tener una única habitación de estilo occidental en la casa. Quería tener todo planeado con antelación. Por aquel entonces, yo no tenía la menor intención de poseer una casa. Me importaba un comino que fuera de estilo japonés u occidental, así que cuando Kiyō comenzaba con sus fantasías, yo le decía que me dejara en paz. Entonces ella volvía a cubrirme de alabanzas y a decirme que mi respuesta demostraba lo desinteresado que era, el corazón tan puro que tenía. Daba igual lo que yo dijera; ella siempre encontraba un motivo para alabarme.

Y así me fueron las cosas en los cinco o seis años que siguieron a la muerte de mi madre: abroncado continuamente por mi padre, peleándome con mi hermano, y recibiendo dulces y sutiles elogios de Kiyō. Nunca me

quejé. Me bastaba con esa vida. Pensaba que la vida de otros niños sería parecida a la mía. Sin embargo, Kiyo no paraba de repetirme que yo en realidad era un chico desgraciado e infeliz, así que acabé por creérmelo. Aparte de aquello, nada me molestaba, excepto que mi padre nunca me diera dinero.

Seis años después de la muerte de mi madre, en enero, mi padre murió de una apoplejía. Ese mismo abril yo acabé mis estudios en la escuela secundaria y mi hermano se licenció en la escuela de peritos mercantiles. De inmediato consiguió un trabajo en cierta compañía que tenía una sucursal en Kyushu,⁶ y fue destinado allí. Yo, por mi parte, todavía tenía que terminar mis estudios en Tokio. Mi hermano me anunció poco después que, antes de salir para su nuevo destino, tenía la intención de vender la casa y todas las posesiones de nuestros padres. Yo le dije que por mí podía hacer lo que le diera la gana. Ante todo, no quería causarle ninguna molestia y menos pedirle nada. Sabía que aunque quisiera hacerme un favor, tarde o temprano discutiríamos y me lo acabaría echando en cara. No estaba dispuesto a callarme y agachar la cabeza solo porque a él se le ocurriera hacer algo por mí en aquel momento. Pensaba que siempre encontraría la forma de ganarme la vida, aunque tuviera que trabajar de lechero. Me sentía preparado para ello. Mi

6. Kyushu es la tercera isla en tamaño del archipiélago nipón tras Honshu y Sapporo, y antes que Shikoku. Está situada al sudoeste de Honshu, a unos novecientos kilómetros de Tokio.

hermano llamó a un hombre que organizaba almonedas y le vendió por una miseria todos los cachivaches que mi familia había acumulado durante generaciones. Luego se buscó un intermediario, que le ayudó a vender la casa y el jardín. Parece que sacó por todo bastante dinero, aunque no sé cuánto exactamente.

Por entonces, yo ya me había mudado a la habitación de una pensión en Kanda, en la zona de Ogawamachi, y estaba a la espera de decidir qué hacer con mi vida. Kiyō estaba muy apenada por la venta de la casa en la que había servido durante más de diez años, pero como no era suya, nada pudo hacer. Me repetía una y otra vez que si yo hubiera sido un poco más mayor, podría haber heredado la casa para mí solo. Pero ¿qué más daba mi edad a fin de cuentas? Kiyō no sabía cómo funcionan las cosas en el mundo real, y pensaba que si yo no había recibido la casa había sido simplemente por lo joven que era.

De forma que mi hermano y yo decidimos tomar caminos diferentes, aunque todavía quedaba el problema de qué hacer con Kiyō. Mi hermano no podía llevársela con él, y la misma Kiyō dejó claro que no tenía ninguna intención de marcharse a Kyūshū. Yo, por mi parte, vivía en un cuchitril en una pensión barata, de la que me podían echar en cualquier momento. Así que ninguno de los dos podíamos ayudarla. Finalmente, decidí preguntarle a Kiyō si quería servir en otra casa, y ella me respondió que, hasta que yo me casara y tuviera mi propio hogar, lo mejor sería que se fuera a vivir con su sobrino. Estaba decidido. El sobrino de Kiyō era escribiente en los juzgados, y tenía suficientes medios para vivir desahogadamente.

En el pasado, ya le había pedido varias veces a Kiyo que se fuera a vivir con él. Ella lo había rechazado en todas las ocasiones aduciendo que prefería vivir en nuestra casa, a la que ya estaba acostumbrada, aunque fuera trabajando como criada. Esta vez, sin embargo, prefirió mudarse con su sobrino antes que entrar a servir en una casa que le era extraña y a la que no estaba acostumbrada, y donde tendría que estar todo el tiempo preocupada por cosas nuevas y desconocidas. Aun así, insistió en que debía aplicarme en conseguir una casa y una mujer tan pronto como me fuera posible, y que entonces ella vendría para cuidar de mí. Creo que prefería estar conmigo antes que con su sobrino, alguien de su propia sangre.

Dos días antes de partir para Kyushu, mi hermano vino a mi pensión y me entregó seiscientos yenes. Podía usar el dinero, me dijo, para iniciar algún negocio o para terminar mi educación. Pero me advirtió que después de eso no me iba a dar nada más. ¡Vaya acto de generosidad, viniendo de quien venía! La verdad es que no me importaba demasiado el dinero porque yo confiaba en salir adelante sin esos seiscientos yenes. Pero como me gustó la manera de actuar de mi hermano, tan franca, cosa por cierto poco habitual en él, cogí el dinero y le di las gracias de corazón. A continuación, mi hermano sacó otros cincuenta yenes y me pidió que se los entregara a Kiyo, cosa que yo hice de buen grado. Dos días después nos dijimos adiós en la estación de Shinbashi, y desde entonces no le he vuelto a ver.

Tumbado en mi cama, me di a las cavilaciones sobre qué hacer con los seiscientos yenes. No me apetecía

montar ningún negocio, y dudaba además de mis facultades para ello. Por otro lado, ¿qué clase de negocio puede montar uno con apenas seiscientos yenes? Pero incluso si me lo hubiera propuesto, hoy en día no se va a ningún sitio si no se tienen estudios, pensé. Deseché, por tanto, la idea del negocio y decidí invertir todo el dinero en mis estudios. Si lo dividía en tres partes, podía estudiar durante tres años, a doscientos yenes por año. Si me esforzaba tenazmente durante esos tres años, algo sacaría en claro. El dilema era ahora qué estudiar. Nunca me había interesado ninguna materia de forma especial. La lengua o la literatura no me interesaban en absoluto. Por no hablar de la poesía moderna, que me sonaba a chino. Cuando estaba desesperado y me daba todo igual, la suerte me hizo pasar un día por delante de la Escuela Superior de Ciencias Físicas en cuya puerta había un cartel que decía que se buscaban estudiantes. Tras pedir información, me matriculé inmediatamente. Hoy, cuando pienso en lo que hice, veo que debió de tratarse de uno de mis famosos arranques impulsivos.

Durante los tres años siguientes estudié tanto como el que más. Sin embargo, no me caracterizo por ser un alumno especialmente brillante, y si uno echa un vistazo a la lista de notas de mi clase, comprobará que la mejor manera de encontrar mi nombre es empezar por el final. A pesar de todo, y por sorprendente que pueda parecer, logré graduarme en tan solo tres años. A mí todo aquello me parecía increíble, pero acepté gustoso el diploma.

No habían pasado ni ocho días desde que aquello ocurrió, cuando me llamó el director de la escuela, algo que

me extrañó bastante. Cuando fui a verle, me dijo que había quedado vacante un puesto de profesor de matemáticas en una escuela secundaria en Shikoku.⁷ Aunque la paga era de sólo cuarenta yenes al mes, me aconsejó que lo intentara. Para ser sincero, a pesar de que me pasé tres años enteros estudiando, no tenía la menor intención de ser profesor, y menos si además había que irse a vivir a provincias. Pero, por otro lado, tampoco tenía ningún otro plan a la vista, así que acepté en el acto. De nuevo se manifestó en mí ese carácter tan impulsivo que mi familia me había dejado en herencia.

Una vez aceptada la oferta, no me quedó otra que incorporarme a mi nuevo cargo. Durante tres largos años había vivido en un cuchitril y ni una sola vez me había quejado. No había tenido ni una pelea con nadie. Lo cierto es que esa etapa de mi vida, comparada con la anterior y con la que me depararía el futuro, fue una época realmente despreocupada. Pero había llegado la hora de abandonar mi pequeño cuarto. La única vez en toda mi vida que había salido de Tokio fue en una excursión del colegio en que fuimos a Kamakura.⁸ Esta vez tendría que irme mucho más lejos. Busqué la ciudad en cuestión en un mapa, y vi que estaba en la costa y que no era mayor que la cabeza de un alfiler. No sabía

7. Shikoku es la cuarta isla del archipiélago nipón. Está situada al sur de Honshu, a unos quinientos kilómetros de Tokio.

8. Kamakura es una antigua ciudad situada a unos cincuenta kilómetros al sudoeste de Tokio. Fue capital *de facto* de Japón durante el *shogunato*.

nada sobre ella, o sobre sus habitantes. Pero tampoco es que hubiera mucho que saber. No había que ponerse nervioso, me dije, solo dejar que las cosas fluyeran con naturalidad. Aunque, para ser sincero, sí que estaba un poco preocupado.

Desde que vendimos nuestra casa, había ido ya varias veces a visitar a Kiyō. En contra de lo esperado, su sobrino resultó ser una persona excelente. Siempre que iba a visitarlos, intentaba agradarme. Kiyō seguía poniéndome por las nubes, y le decía a su sobrino que algún día, muy pronto, yo poseería una mansión en Kojimachi y un cargo oficial. Como seguía empeñada en ver mi vida a su manera, estas conversaciones me resultaban muy incómodas. Todo lo que yo podía hacer era sentarme y ponerme colorado. Y lo malo era que se pasaba todo el rato hablando de mí. Algunas veces, hablaba incluso de cuando era pequeño y me orinaba en la cama. En esas ocasiones, yo no sabía dónde meterme. Tampoco sé muy bien qué pensaría su sobrino al escuchar todo aquello. Kiyō era una mujer algo chapada a la antigua, como de otra época, y nuestra relación la veía todavía en términos feudales de amo y criado. Parecía pensar que si yo era su señorito, también era el señorito de su sobrino. Me imagino que para él debía de ser muy molesto.

A su debido tiempo, se anunció oficialmente que había sido contratado. Tres días antes de marcharme, fui a visitar a Kiyō, pero estaba en la cama con un resfriado. Su habitación era muy pequeña, y estaba orientada al norte. Nada más verme pareció recuperarse. Se sentó y me preguntó:

—¿Cuándo comprará mi Botchan querido su casa?⁹

Kiyo creía que todo lo que uno tenía que hacer era sacarse un título, y que después el dinero vendría solo. Lo que me pareció más chocante, sin embargo, fue que siguiera llamándome igual que de niño, «Botchan», máxime cuando en todo lo demás me trataba como a un adulto. No era asunto fácil para mí hacerme con una casa en poco tiempo. Cuando le dije que me iba a trabajar a provincias, pareció muy desilusionada, y empezó a pasarse las manos una y otra vez a lo largo de sus cabellos grises. Lo sentí por ella, e intenté animarla diciéndole:

—Tengo que irme, pero volveré pronto. Estaré aquí en las próximas vacaciones de verano. —Como no pareció muy satisfecha con mi promesa, le pregunté—: ¿Qué quieres que te traiga cuando venga?

—Me gustaría que me trajeras uno de esos dulces de Echigo¹⁰ que vienen envueltos en hojas de bambú —me respondió. Yo nunca había oído hablar de aquellos dulces, pero es que además Echigo estaba justo en dirección contraria respecto a Shikoku.

9. *Botchan* es una forma afectuosa y respetuosa de dirigirse a cualquier niño varón o de referirse a él ante otros miembros de su familia. Está formado por *Bo* (niño, aunque también monje budista) y *chan* (sufijo que denota cariño y respeto). Tiene un segundo sentido de niño mimado o inmaduro. Recoge, entre otros, los sentidos de *chiquillo*, *señorito*, *niño* y *querido*, pero todos son interpretaciones parciales.
10. Echigo está al nordeste de Tokio, a unos doscientos kilómetros, en la costa del mar de Japón, en una dirección casi opuesta a la de Shikoku, el destino de Botchan.

—No creo que tengan esos dulces allá adonde voy
—repuse.

—¿Y hacia dónde vas entonces?

—Hacia el oeste.

—¿Más allá de Hakone?¹¹

No sabía cómo explicárselo.

La mañana en que me marché, Kiyo vino a mi habitación para despedirme. Me entregó una bolsa de lona con un cepillo de dientes, polvo dentífrico, y una toalla que había comprado por el camino. Le dije que en realidad no necesitaba nada, pero insistió en que lo aceptara. Marchamos a la estación en dos *ricksaws*, rodando uno al lado del otro. Yo subí al tren, y ella se quedó en el andén, mirándome por la ventana.

—Es posible que no nos volvamos a ver. Cuidate mucho —me dijo muy triste.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Yo no lloré. Pero a punto estuve. Luego, cuando el tren se alejó lo bastante del andén y me imaginé que ya no podría notar mis lágrimas, saqué la cabeza por la ventanilla para mirar la estación que dejaba atrás. Kiyo todavía seguía allí de pie. Parecía muy pequeña en la distancia.

11. Hakone es una región montañosa que sí está al oeste de Tokio, pero tan solo a unos cien kilómetros, mientras que Skikoku está a unos setecientos. Hakone constituía una especie de límite simbólico para los habitantes de Tokio.